

EXPOSICIONES

LA LECCION DE LA TAPICERIA ECUATORIANA

Escribe: MARTA TRABA

Los tapices ecuatorianos expuestos en la Biblioteca Luis-Angel Arango bajo el patrocinio doble de la Embajada Ecuatoriana en Bogotá y el Centro de Información de las Naciones Unidas, encerraban una sutil lección que quizás haya pasado desapercibida por los artistas jóvenes, tan inclinados a comprometerse con una "expresión nacional", con un "sentido americanista" y otros términos similares igualmente inciertos. La mayor parte del público, pese a la claridad de las fotografías ilustrativas, vio en la muestra un resurgimiento del gran arte precolombino y se dejó llevar, sin pensar más, por un íntimo orgullo vernáculo. Sin embargo, era preciso ver esas bellas obras como una tapicería dirigida y (oh colmo de la humillación!) dirigida por una mentalidad europea. La tapicería expuesta provenía, en efecto, de un taller experimental que la Organización Internacional del Trabajo auspicia en la ciudad de Quito, dentro del desarrollo del Programa Andino. Los planes de dicho programa son muy vastos: dirigen sus objetivos hacia las poblaciones indígenas aún muy numerosas en Ecuador, Perú y Bolivia y ambicionan extender su acción hasta Colombia. El Programa Andino desea tomar bajo su protección unas comunidades olvidadas que están virtualmente desterradas de la población activa y se dedican a sobrevivirse, habiendo perdido hasta el mismo recuerdo de su pasada grandeza precolombina. Se advierte en estos núcleos, sin embargo, una especie de destreza manual que, desprovista de fines estéticos, se ha ido convirtiendo en pura artesanía; es importante, pues, no dejar perder esas condiciones manuales, pero dirigir las hacia la comprensión de formas contemporáneas.

El esplendor del arte precolombino no puede reconquistarse. No sólo se perdió la civilización indígena, sino también todas sus

formas políticas y vitales, imposibles de reconstruir artificialmente. Tampoco es factible que dichos núcleos de población asimilen los conceptos del arte contemporáneo; sería necesario para ello una cultura plástica y una voluntad moderna de simplificación y recreación que ciertamente no poseen los indígenas. Tienen, en cambio, un *instinto* simplificador y una determinada capacidad artesanal; el trabajo que en este caso concreto se propuso la OIT es convertir esas simplificaciones instintivas de formas en creaciones que persigan un valor estético, y perfeccionar sus condiciones artesanales. Un artista holandés fue encomendado para esta tarea que se lleva a cabo en Quito, en la Casa de la Cultura, donde las ideas de Jan Schreuder se alían con el instinto formal y la artesanía de los indios. El resultado es una nueva y bella tapicería en la cual se reconocen, pasando a través del recuerdo de Paul Klee y de todo el arte contemporáneo europeo, los pájaros, los micos, las lagartijas estilizadas del arte precolombino. No sólo corresponde advertir la *parte positiva* de esta alianza, sino comprender lo que pasaría sin ella; los indígenas exilados en sus aldeas continuarían tejiendo sus tapices simples de diversos colores, perdiendo cada vez más y sin remedio la profunda originalidad de la extinguida tapicería de sus antepasados. Lo que hace la OIT junto con el gobierno del Ecuador es, pues, sustraer las artesanías a su muerte definitiva y evitar que se conviertan en los burdos productos folklóricos que se venden en los aeropuertos a turistas incautos.

La inadvertida lección de los tapices ecuatorianos tiene también su moraleja: no existe una verdadera forma de arte sin la reflexión y el proceso intelectual previo que está en su base. Y es completamente inútil buscar valores estéticos a una obra cuya más visible finalidad no sea la creación de formas. Los indígenas representan lo que su ojo primitivo ve y simplifica, con la intención de fijar un repertorio de cosas conocidas; pero Jan Schreuder no está catalogando el mundo, sino que lo está recreando. De esta diferencia nace la belleza de estos espléndidos tapices.